

¿HAY NOMBRES DE LUGAR EN EUSKERA EN LA RIBERA?

Jabier Sainz Pezonaga

La toponimia euskérica en Navarra llega hasta el Ebro al menos en dos cuñas, una en la Ribera Estellesa por la zona de Mendavia y otra en la Ribera Tudelana por la Bardena. Jimeno Jurío en el libro "Navarra. Historia del Euskera" hacía mención especial a la zona de Mendavia, de donde citaba los topónimos Beraza, Arbeiza, Arriezu, Intxarte, Zamaka, Legarda e Imas, recogiendo también la toponimia histórica (s. XIII) del despoblado de Almunza, entre Sesma y Mendavia: Arbingorria, Gurpideta, Gayneco çabala, Aran luçea. Este tipo de toponimia enlaza por Arróniz, Allo y Dicastillo con la de Eguzkitza / La Solana y el resto de Tierra Estella.

Por la parte de la Bardena, han sido reiteradamente citados topónimos como Landazuria, Landarregia, Monteartea, Piskerra, Sardabilla, Sardazuria y El Belcho, que son considerados supervivencia de la lengua originaria o se relacionan con la presencia en la Bardena de los pastores salacencos y roncaleses. La relación con la toponimia euskérica, en parte desaparecida aunque históricamente relevante, de los pueblos situados al sur de la sierra de Ujué, esto es, Santacara, Mérida, Murillo el Fruto y Carcastillo, parece evidente.

Otro punto que se acepta comúnmente es que en el conjunto de la Ribera una parte importante de los nombres de lugar en euskera son de origen antroponímico, esto es, que proceden de nombres de personas, apellidos, apodos, etc., que han pasado a denominar lugares a partir de una relación de propiedad o pertenencia de dichos lugares o de elementos constructivos significativos ubicados en dichos lugares. Un ejemplo típico puede ser el del Vedado de Eguaras, en la Bardena, pues el nombre procede del que fuera su propietario en el siglo XVI, Juan de Eguaras, que dio nombre también al castillo allí ubicado (hoy llamado de Peñaflor o de Doña Blanca) conocido como Torre de Eguaras.

Hay investigadores que opinan que todos los nombres de lugar en euskera en la Ribera tienen este carácter, y sin duda influenciado por esa opinión afirmaba José M^a Jimeno Jurío en la obra citada "Desconocemos el origen de la toponimia vasca o de tipo vasco que perduró de forma residual en las villas de la cuenca del Bajo Arga (Falces, Peralta y Funes) y del Bajo Ega (Lerín y Sesma)". Aquellos que no compartimos esta opinión, no obviamos el hecho de que la pregunta planteada arrastra una cascada de preguntas que atañen a diversas disciplinas y que hoy por hoy no son fáciles de contestar. Ante esta dificultad, causada tanto por la escasez objetiva de datos históricos como por las ideas preconcebidas con que se suele abordar el tema, sólo es posible de momento dejar planteada la cuestión.

Una de las fuentes de controversia más habituales al tratar sobre la existencia de toponimia euskérica en la Ribera suele ser la caracterización del proceso de romanización y latinización de nuestra comarca. Hay historiadores como el catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza, Guillermo Fatás Cabeza, que no dudan de que el euskera "se hablaba en época romana hasta el Ebro Medio". Esta idea concuerda con la de Julio Caro Baroja que concebía el área de Zaragoza (Caesaraugusta) como un trifinium donde confluían las culturas ibérica, celtibérica y vascónica. Sin embargo, ésto no es aceptado por algunos estudiosos de la toponimia navarra.

Dentro de los escasos datos históricos de que disponemos aparece uno bastante revelador, o así se lo parece al menos al filólogo Emilio Nieto Ballester, autor de una reconocida obra sobre toponimia hispánica. A propósito de la ciudad de Alfaro, situada entre Milagro y Corella, dice: "En su término municipal, en el paraje conocido como Eras de San Martín, parece haberse situado la importante ciudad de Gracchurris o Gracurris, ya citada en la antigüedad por T. Livio, Plinio, Ptolomeo, el Itinerario de Antonino, etc. Se trata de una ciudad vascona, posteriormente municipio de derecho romano. El segundo elemento del nombre ha de ser relacionado con el v. uri 'ciudad' y su utilización en un compuesto híbrido indica claramente la conciencia de su

significado en la época y el mestizaje cultural, a la manera de los nombres de localidades romanas que presentan como segundo elemento el celta briga, de significado afín”.

Permítaseme un comentario transversal: Hoy en día el cartel que anuncia el lugar donde se encuentran los restos arqueológicos de aquella importante ciudad dice “Ciudad celtíbera de Gracurris”. Al parecer no es políticamente correcto decir “Ciudad vascona de Gracurris”. De la misma manera parece que lo políticamente correcto es afirmar, como Jaime I. Del Burgo, que en la Ribera no se ha hablado nunca el euskera. A la que nos descuidemos un poco no se habrá hablado en ninguna parte de Navarra.

Según el egregio filólogo vizcaíno Alfonso Irigoyen el topónimo euskérico más antiguamente documentado es el de la ciudad vascona de Kalagorri, nombre antiguo de la actual Calahorra, también al sur del Ebro que es donde casualmente se ubica por vez primera a los vascones en el conocido texto de T. Livio “...per Vasconum agrum ductu exercitu...” al narrar las guerras sertorianas. También recuerda Irigoyen cómo el poeta calagurritano Prudencio denomina al río Ebro Vasco Hiberus.

Pero aún suponiendo que los vascones habitantes de las riberas del Ebro hayan hablado euskera, no se nos oculta que es especialmente en la cuenca del Ebro (y del Adour) donde la ocupación del suelo mediante las explotaciones agrícolas conocidas con el nombre de villa, así como las unidades de producción llamadas “fundi”, situadas a lo largo de los ejes fluviales y sobre ricas terrazas aluviales, constituyó un factor importante de romanización. También las ciudades como Gracurris o Cascantum se constituyeron como “municipium latinorum veterum”, una especie de colonias de soldados veteranos cuya organización era copia de la de Roma y donde la jerarquía militar determinaba la jerarquía social. Pero por otra parte no sabemos cuál fue el impacto que esta presencia romana tuvo en la antigua economía pastoril de trashumancia, tan importante en la Ribera, que conllevaba alianzas sociales, políticas y militares, entre las gentes que vivían entre los Pirineos y los ríos Ebro y Garona.

No estamos obligados a pensar en la desaparición de todo vestigio de la cultura y lengua indígenas arrasadas por la latinización en el territorio que hoy es la Ribera. Más bien parece que, siguiendo el esquema indoeuropeo que el imperium de Roma viene a corroborar, en la sociedad vasco-romana (vascónica) se produjera una diferenciación y división social entre los estamentos dirigentes y possessores latinos o latinizados y los estratos populares euskaldunes con mayor o menor influencia de la cultura y la lengua romana según las comarcas. Estudiar las vicisitudes históricas del tempranamente iniciado mestizaje cultural, que en su conjunto cambió la fisonomía del euskera, y los procesos sociales, políticos y militares que llevaron a su desaparición nos dará la base para responder a la pregunta planteada.

Téngase en cuenta que, por seguir con los ejemplos citados, de la ciudad de Gracurris ningún topónimo con ella relacionado ha perdurado, habiendo sido destruida totalmente la ciudad en fecha ignota y perdido el rastro de su ubicación durante muchos siglos. Del nombre de Calahorra, si no dispusiéramos de documentación antigua, nadie dudaría de su arabismo. Pero cuando no se dispone de documentación antigua es muy difícil salir de un grado notable de incertidumbre, por más que se pretenda lo contrario.

También ha de tenerse en cuenta que el proceso de latinización no se detiene en época romana sino que continúa hasta bien entrada la Edad Media. La actual Milagro, por ejemplo es bautizada en latín, Miraculu, en el año 1098. Peralta, Petra Alta, en el año 1144. Aunque también en esa época seguía al parecer vigente el fenómeno del mestizaje cultural pues según dice el ya citado Alfonso Irigoyen “Miraglo [Milagro] en la Ribera debió pronunciarse entre hablantes vascos como miraculo a juzgar por Garcia de Miraculo, sin sonorización de oclusiva sorda, forma más próxima al latín miraculu(m)”. Fenómeno similar ocurría con el nombre de Murillo (El Fruto) documentado en dicha época alternativamente como Murelo o Muriel, según la influencia de los hablantes vascos o romances.